

Te POTARÍA ENCIMA

(Sick ON You)

Andrew Matheson

CONTRA

Sick On You

© 2015, Andrew Matheson

Publicado originalmente por Ebury Press. Ebury Press es parte del grupo Penguin Random House

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Federico Corriente

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Octubre de 2017

© 2017, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2017, Federico Corriente, de la traducción

© Gered Mankowitz, de las fotos de la cubierta

© Andrew Matheson, del resto de las fotos

En la página contigua, instantánea de la primera sesión fotográfica de los Hollywood Brats, en enero de 1973. Desde la izquierda: Roger Cooper con una chupa de motero que se ganó a pulso, Casino, Andrew Matheson (con el vestido de noche de Oxfam), Lou y Brady.

ISBN: 978-84-947459-0-4

Depósito Legal: B 22675-2017

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

**¿Quieres saber lo que es
estar condenado a vivir contigo?
Es una especie de suicidio cotidiano
Una fase que he superado
No soy sádico ni masoquista
Tú y yo hemos acabado
Me da asco todo lo que haces
Y como pote
Te potaría encima, nena**

**«Sick On You»
The Hollywood Brats, 1973**



Para Kerry

INTRODUCCIÓN

Este relato ha sido plasmado mediante la memoria, las grabadoras magnetofónicas, los diarios, el acetato, las revistas y las cassetes.

Tenía dieciocho años, medía uno ochenta y dos, pesaba sesenta y siete kilos, estaba hecho una sopa y, al igual que el jornalero del tema de Dylan «Maggie's Farm», tenía la cabeza llena de ideas que me estaban volviendo loco. La mayoría de ellas giraban en torno a formar un grupo.

Me impulsaba la más pura de las emociones: el odio. Odiaba absolutamente todo lo que oía en las listas de éxitos. A la música había que cogerla de las solapas y darle un buen meneo.

Así que reuní algo de pasta, una maleta y una guitarra, y me largué a Londres, donde, según la leyenda, las calles estaban pavimentadas con discos de oro. También llevé conmigo un conjunto de reglas. Cinco reglas esculpidas en granito, sacrosantas e inviolables. Si seguía esas reglas podía crear el grupo perfecto.

Reglas para un grupo de Rock and Roll

—Plantilla—

1. Cuatro o cinco miembros como máximo. Ni saxo ni sección de viento ni teclados ni empollón con sintetizador Moog ni coristas ni nada. Dos guitarras, un bajo, una batería y un cantante. Punto. Pensar en los Beatles, los Kinks o los Who si vais a ser cuatro, y en los Stones si vais a ser cinco.
2. El cantante se dedica a cantar. Y punto. Nada de colgarse una guitarra del cuello a mitad de concierto y rasguear unos cuantos acordes de cowboy para que vean que él también sabe tocar, nada de

sentarse al piano a interpretar una o dos baladas conmovedoras, y desde luego, nada de tocar la pandereta. Y por Dios santo, nada de sostenerse sobre una sola pierna chupando una flauta y jadeando por ella como el vagabundo ese de Jethro Tull. Si no queda otro remedio, una sacudida de maracas, pero solo durante un fragmento de canción para luego dejarlas a un lado. Cuando a un cantante no se le ocurre qué hacer consigo mismo durante el solo de uno de sus compañeros, debería ir pensando en ponerse a trabajar de cajero en un banco.

3. Una melena estupenda —y lacia— es un requisito imprescindible e innegociable. Cuando uno de los miembros del grupo empieza a tener entradas, hay que poner un anuncio en el *Melody Maker* inmediatamente. Si tiene unos rizos naturales demasiado tupidos o —Dios no lo quiera— una permanente, vergüenza debería darte haberlo metido en el grupo de entrada. Sobre este punto hay que ser inflexible: los sombreros no funcionan.
4. Nada de vello facial. Las chicas, o al menos aquellas a las que uno se dignaría meter mano, no se desmayan viendo a los Grateful Dead. Jerry García no es la idea de chico de calendario que tenga ninguna chica que se haya duchado recientemente y que esté en sus cabales.
5. Nada de novias. Son cancerígenas para el espíritu de equipo. Reducen la vigencia sexual colectiva del grupo y son capaces de retorcerle el cerebro a un triste bajista hasta hacerle pensar que deberían contratarle para grabar un triple álbum en solitario y hacer apariciones estelares en Las Vegas.
Se puede resumir en dos palabras: Yoko y Ono.

Sigo considerando válidas estas reglas, pero, cosas del destino, la mayoría de ellas nos las saltamos.

PRÓLOGO

Miro hacia arriba fijamente. Calzado con unas botas de goma con punta de acero y vistiendo un mono incrustado de porquería, y mirando fijamente hacia arriba. Inmerso en una oscuridad total tipo-crípta atravesada únicamente por el rayo de luz de la linterna del casco, que se va debilitando por momentos a medida que el paquete de pilas que llevo en el cinturón se consume. Miro hacia arriba fijamente, esperando y rezando porque llegue la jaula.

La jaula, la carroza que viene a llevarme a casa, desciende por fin a este apestoso agujero. Rechinando, estremeciéndose, la celda con cables se detiene de manera abrupta y estrepitosa. La puerta de tela metálica tipo guillotina se levanta. Subo a bordo. La guillotina cae estrepitosamente y me conduce a la superficie, bendita y luminosa, mientras rezo para no tener que volver a bajar nunca más a una mina en lo que me quede de vida.

Ya en la ducha me enjabono, aterrado como de costumbre, con los ojos abiertos de par en par y el jabón escociéndome. Me mantengo ojo avizor, porque los mineros del níquel canadienses estos son una tribu de trogloditas malhumorados y violentos. Saben que hoy es mi último día y han estado diciendo que si me iban a rapar el pelo y demás lindezas.

Veinte horas más tarde, he conseguido escapar. Tengo una maleta de cartón azul y piel sintética blanca con ribetes en la mano y una guitarra Vox Mark VI negra con forma de lágrima a los pies.

Tengo dieciocho años.

Tengo mil dólares en el bolsillo.

Estoy pisando los adoquines de Carnaby Street.

«Londres, sumidero enorme donde van a dar de manera fatal
cuantos desocupados y haraganes contiene el imperio.»

ARTHUR CONAN DOYLE

1971





Londres. ¿Cómo es esa ciudad —el llamado *Swinging London*¹— que acaba de superar el último tramo de los años sesenta, en julio de 1971? Dejadme que os lo diga: es maravillosa, hostias. Chabacana y chillona, sucia y llena de basura, está perfumada con un diesel asfixiante. Está repleta de miles de charlatanes y tramposos y gitanillas de Picadilly que te cuelgan un ramito de brezo de la solapa antes de que puedas protestar, con las palmas tendidas y un «Anda, miarma, no me lo desprecies que te va a dar suerte»: la sutil y velada amenaza del infortunio en caso de que no les correspondas con la moneda de turno. Está a reventar de chicas y esas chicas son de las que quitan el hipo, y van tambaleándose por ahí en botas de caña alta con tacones de plataforma, con micro-minifaldas de ante y pañuelos de gasa y delineador Cleopatra para subrayar unos movimientos de pestañas a lo Twiggy.

Hay banderas británicas ondeando por todas partes, entre las gárgolas de los edificios de piedra, formando hileras de plástico azotadas por el viento en las tiendas y tenderetes, impresas en camisetas, bragas, toallas de bar, calcetines, ceniceros, saleros, bombines y cascos de *bobby*.

Salve Britania.

Y que siga dominando, si no los mares, al menos las ondas de radio.

Con un poco de suerte.

El «Chirpy Chirpy Cheep Cheep» de Middle of the Road, una canción que hace que te entren ganas de clavarte estacas en las orejas para crucificarte el cerebro, llega al número uno de las listas y no se mueve de ahí.

1. Término genérico empleado para describir la moda y la «cultura juvenil» del Londres de la década de 1960. [N. del T.]

Los Beatles han muerto. El pobre Brian, puro, rubio y malicioso, se ahogó. Jimi se asfixió. Morrison, pese a tener una estupenda cabellera y un físico esbelto, ha quedado reducido a pseudopoeta pretencioso de la Costa Oeste, a una metáfora abotargada y barbuda, y no tardará en acabar flotando, a duras penas, en una bañera parisina.

Los jipis cortan el bacalao: barbas y vaqueros y música de mierda llena de solos de guitarra soporíferos y letras idiotas, aburridas y sin sentido; a los baterías se les permite aporrear en solitario sus estúpidos cubos en el escenario durante quince minutos mientras todos los demás se toman un descanso. Gongs, por Dios. Gongs. Incienso. Dobles bombos.

¿Quién da buena imagen? Nadie. ¿Quién suena bien? Nadie. Mi gran plan consiste en crear un grupo para corregir esta situación. Hacer borrón y cuenta nueva.

Pero primero tengo que encontrar alojamiento. No he estado en Londres desde que mis padres me secuestraron de niño, arrastrándome mientras pataleaba y gritaba metido en una bolsa, y me llevaron al norte de Ontario. Se dice que lo mejor que se puede hacer es acudir a una agencia, así que eso hago. La señora griega que hay detrás del mostrador dice que lo que yo busco en términos de alojamiento (poca cosa) me costará entre seis y diez libras por semana. Eso está chupado; tengo los mil en mano. Se vuelve y me vende una guía de Londres A-Z, me da unas cuantas direcciones escritas a mano y me manda por toda la ciudad a mirar estudios. Pero no llego a ver ninguno. En cuanto los caseros en potencia guipan la funda de mi guitarra, caso cerrado. Llamo a las puertas una y otra vez. Y una y otra vez la cosa se repite.

Esto empieza a resultar cansino y desmoralizante. Tengo calor, estoy cansado, acuso el desfase horario, y encima tengo hambre y estoy muerto de sed.

Son las seis. Los autobuses y el metro y las calles están todos abarrotados de trabajadores yendo y viniendo del trabajo. Esto cuesta y se está haciendo tarde. En el bolsillo solo me queda una dirección más: Finborough Road, Earls Court, Londres SW10.

—El valle de los canguros, colega —dice el tipo metido con calza-

dor a mi lado en el sofocante vagón de metro, y que estaba leyendo por encima de mi hombro.

—¿El valle de los canguros?

—Es un puto gueto australiano, ¿que no?

Así que es un puto gueto australiano. ¿Qué significa eso para mí? Nada. Me bajo en Earls Court Station, salgo a la derecha, y guiándome por la A-Z, me dirijo hacia Finborough Road. Paso por delante de dos pubs situados el uno al lado del otro, atareados con la multitud de después-de-trabajar. Al menos, doy por supuesto que de eso se trata. De hecho, todos los clientes parecen ser varones. Son todos varones, pero me jugaría una o dos libras a que estos ejemplares no proceden realmente de Australia. Se desparraman por la calle y adoptan poses premeditadas mientras lucen chaparreras de cuero, gorras tipo Marlon Brando en *Salvaje*, cadenas de monedero de plata, camisetas blancas y bigotes aparentemente obligatorios. Maúllan y silban a mi paso.

El edificio que busco es triangular y está situado en el punto donde convergen Finborough Road e Ifield Road. Quizás podría esconder la guitarra en un seto o algo. Así causaría mejor impresión. Pero ni hablar. ¿Esconder mi Vox Mark VI negra con forma de lágrima? Ni soñarlo. No pienso soltarla ni por un instante.

Es la misma guitarra que vi tocar a Brian Jones en *The Ed Sullivan Show* cuando tenía trece años. Es la única que he querido tener jamás, y para obtener los 263 dólares que me costó estuve trabajando en esa apestosa mina de níquel. Mandé que me la pintaran de negro. La de Brian era blanca, la mía es negra. No pienso desprenderme de ella jamás, y desde luego no voy a esconderla en un seto.

El número 119. Aprieto el pulsador y aguardo.

El vejete que abre la puerta está en zapatillas y bata, y lleva un pañuelo de lunares esmeradamente anudado en torno al cuello. Es alto, ligeramente encorvado y se apoya en un bastón con empuñadura de plata; su pelo, blanco como la nieve, peinado hacia atrás, y luce bigote militar. La verdad es que resulta llamativo. Me mira de arriba abajo y me pide educadamente que suba las escaleras con él.

Mientras nos tomamos un té de fuerte sabor, me dice que el estu-

dio es mío si lo quiero, por seis libras y media a la semana, pagando dos semanas por adelantado. La habitacioncilla está en la planta superior. Está deteriorada pero limpia, y contiene una alfombra raída, una cama individual, un sillón de ratán, un lavabo, una cocinita eléctrica minúscula y una ventana que da al oeste, a Ifield Road. El cuarto de baño está bajando por el pasillo, y lo comparto con otros dos inquilinos de la planta superior. Que me quiero bañar: pues a echar un chelín al contador.

Pago al vejete. Subo a la habitación. Abro la maleta. Contiene ropa y cinco elepés.

Beggars Banquet – Rolling Stones
Get Yer Ya-Ya's Out! – Rolling Stones
Let It Be – Beatles
Something Else – Kinks
Back Door Men – Shadows of Knight

Al día siguiente me bajo al centro, y no dejo de bajar allí. Compró ropa de una punta a otra de King's Road. Me tomo una copa fina en el Chelsea Drugstore y una birra fresca en el Markham Arms, otra aquí y otra allá. ¿Vamos al Chelsea Potter? ¿Por qué no? Me compro un jersey negro con la leyenda «Rock and Roll» tejida en amarillo en la parte frontal. Me compro una chaqueta de terciopelo de color burdeos y unos pantacas negros de terciopelo bien ceñidos.

Me dirijo a Savile Row, donde me paro en la acera de enfrente del bendito número 3, sede de Apple Corps, centro del Santo Feudo de Beatlelandia. Clavado en el sitio, me quedo mirando boquiabierto como un paleta el lugar donde, no hace tanto, las manos se le estaban enfriando un poco más de la cuenta para tocar acordes. Hace una tarde calurosa y húmeda de julio en Londres, pero a mí me están dando escalofríos.

Después de sacudírmela y volver a guardármela en los pantalones, me dirijo a donde sea, que resulta ser rumbo dirección sur. Donde Savile Row desemboca en Clifford Street, entro en Mr Fish, abas-

tecedor de las camisas más deslumbrantes conocidas por el hombre. Hago mi pedido y me toman las medidas para dos maravillas a medida y cosidas a mano con todos los «sí señor» y «desde luego, señor» requeridos y de rigor que cualquiera pudiera desear. Se me antojan una camisa de vestir color lila con «puño francés» por el extravagante precio de quince libras y una *chemise* blanca dotada de una explosión de encaje en la parte de delante y en los puños por la ridícula cifra de treinta y cinco libras. Cada una de ellas llevará una etiqueta que proclama: «*Peculiar to Mr Fish*»².

Al ponerse el sol, me voy encaminando hacia Wardour Street y el Marquee. El escenario del Marquee es territorio sagrado. Los Stones, los Who y una larga ristra han tocado aquí y han pisado estas mismas tablas. ¿Y quién toca esta noche? Un guitarrista irlandés que responde al nombre Rory Gallagher. Blues de doce compases, vaqueros y nada más: todo aquello que detesto: las muecas torturadas durante los solos de guitarra, los cabeceos de aprobación y miradas a los zapatos durante el solo de batería, el acento del Delta del trébol. Pero me da igual. En realidad no estoy mirando. Estoy apoyado en la barra y esto es el Marquee.

Vuelvo algunas noches más tarde, aturdido como una adolescente con una emoción que resulta hartamente bruscamente extinguida porque ¿quién toca? Los Kingdom Come de Arthur Brown, ni más ni menos, con su barba (apelmazado punto neurálgico de una pilosidad general repugnante), su maquillaje crónico y diabólico de imitación y la rutina esa de «*I am the God of Hellfire*»³.

Llevas diciendo eso desde el 68, tío. Entonces nos fascinó y ahora estamos absolutamente embelesados. Tú insiste.

Es un espectáculo ridículo. Se mueve como un menda jipi borracho y tiene un aspecto ligeramente demente, sobre todo durante el momento culminante del concierto, cuando le prende fuego a su

2. Michael Fish: diseñador de moda británico y artífice de algunas de las «imágenes» británicas más destacadas de la década de 1960 y 1970, entre ellas las de Peter Sellers, Lord Snowden, The Rolling Stones y David Bowie. Las bolsas de su establecimiento lucían el logo *Peculiar to Mr Fish*. [N. del T.]

3. «Soy el Dios del fuego del Infierno.» Fragmento de la letra de «Fire», gran éxito del año 1969 del grupo The Crazy World of Arthur Brown. [N. del T.]

sombrero. Pero me da igual. Estoy aquí, en el mundialmente famoso Marquee.

Al gerente del Marquee, Jack, un tipo empalagoso y más amistoso de la cuenta que luce traje reluciente, gafas de carey negras y un aparatoso anillo de meñique de oro, le caigo en gracia y empieza a hacerme preguntas cada vez más íntimas. Le cuento que voy a montar un grupo de rock and roll y que tengo intención de borrar a la competencia del mapa. Eso lo descoloca, y es entonces cuando me llega el primer indicio de que aquí en la madre patria la palabra «rock and roll» tiene unas connotaciones completamente distintas.

Cuando uno menciona la palabra rock and roll, los cerebros ingleses piensan inmediatamente en Jerry Lee Lewis, Eddie Cochran, Gene Vincent, Little Richard, Bill Haley y demás. Brillantina, peinados de culo de pato, Teddy Boys, *drape jackets*, zapatos *winklepickers*, *brothel creepers*⁴ y chaquetas de cuero: en los años cincuenta, en una palabra. En Gran Bretaña el rock and roll es para los que nunca superaron que Elvis hiciera el servicio militar. Pues yo no lo veo así, amiguitos. Aquellos tíos cumplieron como corresponde, pero en lo que a mí se refiere pertenecen a la Edad Media.

La primera vez que oí hablar de Chuck Berry, iba en mi bici haciendo crujir la gravilla del Colegio Público de Larchwood, con un transistor Hitachi pegado a la oreja cuando sonó «No Particular Place to Go». Me gustó. Tenía auténticas ganas de «aparcar allá en el kokomo»⁵, pero no tantas como para ir y comprarme el disco. Yo era un chaval que iba en bici. Tuvieron que llegar los Fab Four con George cantando «Roll Over Beethoven» y los Stones cantando

4. Los zapatos *creepers* aparecieron en las bases norteafricanas británicas durante la Segunda Guerra Mundial, donde, para lidiar tanto con el calor como con las condiciones del suelo desértico, los soldados llevaban botas de lona con gruesas suelas de goma. Después, al convertirse algunos de ellos en personajes de la noche de los barrios londinenses de Kings Cross y el Soho, este tipo de calzado, convertido ahora en zapato, recibió el nombre de *brothel creepers* («*creepers* de burdel»). En la década de 1950, los Teddy Boys y los rockabillys adoptaron los *creepers* como parte de su indumentaria. [N. del T.]

5. En «No Particular Place to Go», Chuck Berry empleó este término como equivalente de nuestro «quinto pino». [N. del T.]

«Carol» para que la entidad llamada Chuck Berry pudiera penetrar en mi cocorota.

En cuanto a Eddie Cochran y en lo que a mí respecta, «Summertime Blues» es un tema del *Live at Leeds* de los Who. ¿Y Little Richard? Para que yo pillara el rollo tuttifrutti ese, fue preciso que Paul cantara «Long Tall Sally» y los Swinging Blue Jeans versionaran «Good Golly Miss Molly». De modo que, con el codo apoyado sobre la barra del Marquee, es a eso a lo que me enfrento. En julio de 1971, dices que vas a formar una banda de rock and roll nueva y salvaje y todo el mundo piensa en tupés y pomadas.

A mitad de una noche, mientras estaba apoyado en la barra tomándome una *light and bitter*⁶ y estudiando las posibilidades, Jack se me arrima y me invita a acompañarlo a su choza después de la hora del cierre. Como llegué aquí en un vuelo de Pan Am, y en no un camión de nabos, lo he visto venir: rehúso la proposición con lo que espero sean elegancia y humor. Al fin y al cabo, algún día me gustaría tocar aquí.

Una rubia guapa, con minifalda y medias blancas, y cara de no haber roto nunca un plato, me acorrjala contra la barra y me dice que tiene entradas para el bolo de Tyrannosaurus Rex en el Roundhouse⁷, en el distrito de Chalk Farm, y cuando me quiero dar cuenta ya estamos en camino a bordo de la Northern Line. He oído a los elfos estos en la radio haciendo no sé qué babosería titulada, si os lo podéis creer, «Ride a White Swan». ¿Qué carajo querrá decir eso? Por lo visto, están compuestos por un elfo regordete y de pelo rizado que toca la acústica, y un flacucho paliducho que toca la conga. Dada la alineación, mis expectativas están a la altura del betún. Pero a mí solo me tiene bajo su influjo la minifalda.

6. Costumbre londinense de la época consistente en mezclar media pinta de *bitter* con una botella de *light ale*. Su popularidad se debía a que, al ser un tanto variable la calidad de la cerveza de barril de muchos pubs, añadirle una botella de *light ale* contribuía a mejorar su sabor y a dotarla de una efervescencia que muy posiblemente hubiera perdido. [N. del T.]

7. Antiguo galpón ferroviario convertido en recinto para conciertos y espectáculos, en el que se han celebrado eventos como el lanzamiento del periódico *International Times* en 1966 o la única presentación del grupo The Doors en el Reino Unido. [N. del T.]

Llegamos tarde y ¡sorpresa, sorpresa!, en el garito hay una marcha manifiesta. No se trata de ningún dúo acústico jipi de esos que se miran las rodillas; están electrificados, han subido los decibelios y han secuestrado a un bajista y a un batería. No estoy muy seguro de qué pinta el conguero en todo esto, pero luce una buena melena y parece inofensivo. En cualquier caso, el centro de atención es el tipo pequeñajo de los rizos afro y los zapatos de plataforma que encabeza el grupo. Toca una Les Paul, y está venga a sacar acordes y a hacer poses. Pisa fuerte, sacando morritos como si fuera una muñeca hinchable de Jagger.

Tenemos unos asientos estupendos pero no hay nadie sentado: el ambiente es caluroso-pegajoso y palpitante. El sonido es fantástico y sale de unos amplis Orange y de torres de altavoces WEM. Terminan con algo titulado «Hot Love» y la verdad es que, bien mirado, no está mal.

A la mañana siguiente, la encantadora chiquilla coge el tren de vuelta a Sheffield, y ha tenido el detalle conmovedor de dejarme un regalito de despedida, algo para que me acuerde de ella. Algo de lo que yo, bendito inocente, no tengo la más remota idea.

Necesito un ampli. Para un músico, Shaftesbury Avenue y Charing Cross Road, que desembocan desde Leicester Square hasta Denmark Street, son Chuchelandia. Hay tiendas de instrumentos por todas partes, rebosantes de ídem y equipo que solo he visto en películas y revistas. El Vox AC-30, Super Beatles, Phantoms y Marauders; Gibson Firebirds, Flying Vs, Explorers, Les Pauls, J-200s; Fender Strats y Precisions, Jazzmasters y Telecasters, y docenas más. Gretsch, Ludwig, Hofner, Premier, Zildjian, Martin, Shure, Marshall, Rickenbacker: nombres que soy capaz de recitar como un católico en confesión con los ojos saliéndoseme de las órbitas cual huérfano dickensiano navideño lleno de mocos asomado a los escaparates y recorriendo los pasillos.

Mi tienda favorita es Macari's, con su letrero Vox que recuerda a los Beatles incitándome a atravesar el umbral. Adelante, entra, dice, tenemos ese AC-30 sin el cual sabes que no puedes vivir. Y allá que

voy, penetrando con mi Mark VI en la cueva de Aladino. Hay músicos por todas partes, probando instrumentos y comprándolos, afinándolos y rasgueando, ajustando cajas de tambor, sacudiendo panderetas y manipulando amplis: un batiburrillo de ruido y música.

Entonces se acerca un tipo de mediana edad que luce una camisa azul a cuadros y un tupé de rockabilly blanco, que se presenta como el auténtico Macari. Debe de tener la mandíbula en una forma inmejorable, porque no para de rajarse durante por lo menos una hora. El tío tiene labia, y sabe vender. No deja de hablar ni por un momento.

Cuando me quiero dar cuenta, mi preciosa Mark VI negra con forma de lágrima, customizada con aquella mano de pintura negra azabache, esa que había jurado conservar y mimar durante el resto de mi vida, por la que trabajé a novecientos metros bajo tierra en una apestosa, fría, húmeda y oscura mina para poder costeármela, cuelga de la pared de Macari's, mientras yo salgo por la puerta con una Fender Stratocaster azul metálica destartada y astillada, y un Vox AC-30.

¿Cómo habrá podido suceder cosa semejante?